

El Debate entre Paradigmas y la Conciencia de la Modernidad.

Carlos Ballesteros *

En los últimos años la teoría y el discurso políticos han pasado a reflejar lo que podría llamarse: una nueva conciencia de la época. La modernidad constituye hoy un punto de debate que define las posiciones filosóficas y prácticas del pensamiento contemporáneo.

Dentro de la nueva conciencia de la época aparece como problema la experiencia de una mayor autarquía de las leyes funcionales de la economía, del Estado, de la ciencia y la técnica, que vendría a confirmar la hipótesis weberiana de la "jaula de hierro".

Por otra parte, la autoconciencia de las formas vitales modernas tiene en la teoría una expresión escéptica respecto al horizonte del futuro que encierra a su vez una crítica radical a la herencia política del pasado. El presente auténtico, fijo en la dominación instrumental y generador de identidades sociales inestables es ahora el inseguro terreno de la acción política.

Esta limitación a lo presente adquiere en la teorización de la problemática internacional la forma de un debate entre paradigmas que asume las transformaciones prácticas de la época actual, pero de un modo no reflexivo.

La confrontación entre visiones y explicaciones del mundo contemporáneo desde la perspectiva de la teoría de las relaciones internacionales ha llegado a un punto en el cual las *weltanschauungen* concurrentes confluyen en un doble movimiento que, por un lado, diluye sus especificidades y, por el otro, las particulariza. Eclecticismo y atomización parecen ser dos versiones de un *impasse* en el que sin embargo no dejan de aparecer nuevos intentos de conceptualización.

La escasa productividad teórica de los paradigmas conocidos abre la posibilidad de plantear la hipóte-

* Profesor del Centro de Relaciones Internacionales

sis de la necesaria reconstrucción de los supuestos epistemológicos, ontológicos y prácticos de la teoría de las relaciones internacionales, a fin de introducirla a un ámbito reflexivo superior. La fundamentación de esta hipótesis se encuentra al advertir el aislamiento (artificial) del debate interparadigmático respecto a problemas sustanciales del pensamiento social contemporáneo.

Al hilo de estos problemas y con el objeto de superar la autolimitación de la teoría de las relaciones internacionales a su propio debate interno, puede resultar teóricamente fecundo reconstruir algunos aspectos de la discusión sobre el carácter de la modernidad en las dimensiones del conocimiento y la práctica. A partir de esta aproximación de ámbitos teóricos pueden derivarse, no conclusiones, sino espacios interrogativos que permitan abrir vías de acceso a la comprensión de la nueva problemática mundial.

II

Una primera aproximación con base en la propuesta esbozada debe considerar los cambios en el estatuto del saber como producto del avance inusitado y desconcertante de las ciencias y las técnicas. Como la cristiandad en la Edad Media o el Iluminismo a finales del siglo XVIII, la tecnología se impone actualmente como una fuerza mayor de perturbación.

Más allá de sus efectos materiales inmediatos, la expansión de la esfera técnica trajo consigo el fenómeno de la positivación del conocimiento. El conocimiento ha sido identificado con la instrumentalidad, como consecuencia de la dogmatización de la fé de las ciencias en sí mismas.

El compromiso del saber positivista con la racionalidad científico-tecnológica implicó la afirmación de una filosofía y una ciencia social inclinadas a la traducción de las cuestiones prácticas a soluciones técnicas. La aparición de lo que Habermas¹ llama:

"cientificación de la política" se sustenta en esta translación y finaliza en los modelos tecnocráticos de ejercicio del poder.

Los modelos tecnocráticos se integran progresivamente a partir de niveles de racionalización. En el nivel más elemental se emplean técnicas puestas a disposición por la ciencia para la realización de fines específicos. En un segundo nivel se trata de la elección de medios alternativos a paritr de reglas de preferencia que en nuestro tiempo son marcadas por las ciencias sociales aplicadas al servicio de la administración. en el tercer nivel la acción estratégica queda racionalizada como planificación técnica supraordenada al valor de la autofirmación como valor básico formalizado. Finalmente la noción formalizada de fines sistémicos se articula con la idea de un sistema autorregulado.

El avance de los modelos tecnocráticos como utopía negativa del control técnico sobre la historia lleva a pensar en el problema fundamental de la civilización científica: las condiciones de posibilidad para la reflexión del vínculo cuasi-natural entre progreso técnico y mundo social a fin de integrarlo a los controles de la discusión política.

Es justo ese tipo de comprensión el que la conciencia tecnocrática bloquea al ocultar tras una fachada de necesidad objetiva los intereses sociales que definen de hecho al desarrollo tecnológico. En este sentido, resulta particularmente relevante replantear los problemas de la voluntad ilustrada y el potencial autoconsciente.

La formulación reflexiva de los problemas vinculados al potencial técnico implica introducir la noción de voluntad política ilustrada en contraste con los modelos tecnocráticos y su versión operativa de las realciones entre progreso técnico y vida social. Esta concepción está referida esencialmente a la democracia como forma de comunicación que incluye también la idea de un diálogo entre las ciencias, en términos de su relevancia política y el mantenimiento de una opinión pública informada.

Sin embargo, este modelo alternativo trazado a grandes rasgos está lejos de ser inmediatamente plausible y requiere para su comprensión del planteamiento de los supuestos epistemológicos que le corresponden. Del mismo modo, es necesario destacar su importancia práctica.

En términos de una crítica a la razón instrumental el problema real con respecto al desarrollo científico - técnico no es dicha racionalidad como tal, sino su universalización; la pérdida de un concepto más comprensivo de razón, en favor de la validez exclusiva de una forma de pensamiento. La reducción de la praxis a la *techné* y la extensión de la acción racional con respecto a fines a todas las esferas de la decisión.

1 Véase Habermas Jurgen, *Ciencia y técnica como ideología*, Barcelona 1987, Ed. Tecnos, 180 p.

Como primer paso para revertir la tendencia a integrar a la totalidad de los ámbitos de la acción social en la esfera de la razón técnica, resulta necesario distinguir - como lo hace la nueva teoría crítica - lo específico de la dimensión del trabajo de las particularidades de la interacción social. Sólo sobre la base de una distinción entre trabajo según reglas técnicas e interacción, según normas válidas es posible evitar la identificación de emancipación política con progreso técnico.

La insistencia en la heterogeneidad e irreductibilidad de trabajo e interacción tiene por fin subrayar que el crecimiento de las fuerzas productivas y de la eficiencia administrativa no conduce a la sustitución de las instituciones basadas en la fuerza, por una organización de las realciones sociales ligada a una comunicación libre de dominio.

Al definirse las diferencias entre los contenidos del trabajo y la interacción puede comprenderse el proceso mediante el cual desde el establecimiento del mercado capitalista y del sistema industrial queda constituido un mecanismo que garantiza la extensión permanente de los subsistemas de acción racional con respecto a fines. Al mismo tiempo, esta comprensión implica cuestionar como absolutamente válida la pretensión positivista de un solo modelo de investigación científica.

Habermas desarrolla esta distinción y esta crítica en una serie de planos.² En un plano "trascendental" distingue el interés técnico por la predicción y el control de los procesos objetivados, del interés práctico por el mantenimiento de una comunicación exenta de distorsiones. En el plano metodológico advierte la diferencia entre la investigación empírico analítica e investigación hermenéutica o crítica. En el plano sociológico separa a los subsistemas de acción racional con respecto a fines y al marco comunicativo en que estos subsistemas están insertos. Finalmente, en el plano de la evolución social distingue entre el crecimiento del potencial tecnológico y la extensión de las interacciones libres de dominio.

Con base en esta definición de planos se hace patente la irreductibilidad de los distintos intereses de conocimiento y sus correspondientes procesos de investigaciones. En la versión habermasiana estos se clasifican en tres categorías: ciencias empírico - analíticas cuya finalidad es producir conocimiento nomológico, ciencias histórico - hermenéuticas cuyo objetivo es la comprensión interpretativa de las configuraciones simbólicas (humanidades-ciencias sociales) y ciencias de orientación crítica (filosofía, crítica de las ideologías).

Si bien no es posible realizar en poco espacio la reconstitución de los problemas vinculados a los diferentes intereses cognoscitivos y menos aún del

2 Habermas Jurgen, *Conocimiento e interés*, Barcelona 1985, Ed. Taurus, 343 p.

proceso de reconstrucción teórica abierto por la crítica contemporánea, es importante, sin embargo, subrayar la necesidad de redefinir los intereses de conocimiento de las ciencias sociales, advertir sus condicionamientos prácticos y delinear sus límites.

Una versión más radical sobre el cambio del estatuto del conocimiento a partir del aceleramiento del progreso científico se encuentra en el análisis de la condición posmoderna realizado por Jean Francois Lyotard. De acuerdo a sus hipótesis, la función del saber en las sociedades informatizadas tiene como problema central el de la legitimación del saber científico y su papel con respecto al lazo social.

A partir del cambio en el estatuto del saber, la cuestión central que explica el nuevo estado de las relaciones entre la legitimación del saber científico y la legitimación del lazo social, es la pérdida de credibilidad de los grandes relatos especulativos y de emancipación.

Tanto el proyecto de reconquista del derecho a la ciencia, en el que el Estado toma a su cargo la formación del pueblo, como el juego de legitimación filosófica, decaen en tanto relatos como efecto del auge de las técnicas a partir de la Segunda Guerra Mundial. Este efecto se acentúa con el redespigamiento capitalista de fines de siglo y la comprensión del Estado Keynesiano.

La deslegitimación de los relatos tiene como resultado el revelar que el discurso de la ciencia es un juego del lenguaje dotado de sus propias reglas, pero más aún, que no tiene ninguna vocación de reglamentar el juego práctico. La ciencia juega su propio juego y no puede legitimar a los demás juegos de lenguaje.

La ruptura de la legitimación del saber por medio de los relatos, abre la puerta al esquema de legitimación performativa. Con el abandono de los relatos idealistas o humanistas, el juego del lenguaje científico pasa de la búsqueda de la verdad a la búsqueda de la performatividad. La relación entre la técnica y la ciencia se invierte, siendo esta última la verdadera impulsora del proceso científico: "No se compran *savants*, técnicos para saber la verdad, sino para incrementar el poder".³

El juego técnico donde el criterio es eficiente/ineficiente legitima a la ciencia por medio de su eficacia, generando un sistema regulado sobre la optimización de sus actuaciones.

Sin embargo, el saber científico posmoderno tiene poca afinidad con la búsqueda de la performatividad. De acuerdo a Lyotard, la expansión de la ciencia no se hace por medio del positivismo de la eficacia, sino que la performatividad aparece como criterio a partir del interés de los socios capitalistas en una aplicación tecnológica.

La nueva legitimidad de la ciencia proviene del cuestionamiento inmanente de las reglas de validez que plantea el propio saber científico. Esta operación da lugar a paradojas y a limitaciones del alcance del saber que, de hecho, sean modificaciones de la propia naturaleza del saber. La ciencia contemporánea tiene como modelo de legitimación al de la diferencia comprendida como paralogía. "El pequeño relato" vinculado a una evolución discontinua y paradójica que no cuenta con un "método científico" sino con "historias" que pueden ser verificadas.

El modelo (o antimodelo) de la paralogía como investigación de inestabilidades contrasta con el principio del consenso (Habermas) como criterio de validación. El acuerdo de los sujetos por medio del diálogo es una concepción de la que puede hacerlo presa el sistema como uno de sus factores para mantener y mejorar sus actuaciones.

La paralogía como forma de legitimación del saber científico pone el acento en la disensión y plantea al consenso como un horizonte teórico nunca adquirido. Sin embargo, el hecho decisivo del saber científico posmoderno está en su requerimiento de reglas de discusión cuya única legitimidad es su capacidad para producir nuevos enunciados, nuevas ideas.

La legitimación en el sentido de la búsqueda de un consenso universal mediante el diálogo de argumentaciones -como propone Habermas- supone la posibilidad de un acuerdo sobre reglas de discusión que se contradice con la heterogeneidad real de los juegos de lenguaje. A la vez, se parte de que la finalidad del diálogo es el consenso, cuando que el consenso no es sino un estado de las discusiones y no su fin.

Para Lyotard, el consenso se ha convertido en un valor anticuado y sospechoso, lo que no ocurre con la justicia. Su propuesta es llegar a una idea y a una práctica de la justicia que no esté ligada a las del consenso.

Las perspectivas de la "cientificación de la política" y del cambio del estatuto del saber en las sociedades informatizadas reconstruyen desde diferentes ángulos el proceso de racionalización tecnológica integral y sus efectos en la esfera política. La búsqueda de un consenso racional o de la paralogía expresan alternativas de convivencia con un sistema técnico que avanza integrando esferas sociales y modificando mundos de vida conforme a sus requerimientos.

Al sistema técnico lo caracteriza la ausencia de retroalimentación, no tiende a modificarse a él mismo, está librado a un crecimiento puro y su actuación frente a las irrationalidades que introduce es meramente compensatoria. La autocomprensión tecnocrática de este sistema por parte de los "expertos" es partícipe de esta lógica de las cosas que

³ Lyotard, Jean Francois La Condición Posmoderna, Madrid 1984, Ed. Cátedra, p. 74

trastoca la relación entre medios y fines que en el fondo oculta cuestiones de índole práctica.

Habermas acierta al descubrir las relaciones entre progreso técnico y legitimación del poder estatal. Lyotard revela lo infundado del criterio de performatividad y la incapacidad de la ciencia para legitimar otros juegos de lenguaje. La autoconciencia de la modernidad explora desde diferentes ángulos los efectos del desarrollo científico técnico en las relaciones entre la teoría y la práctica. Los cambios en el estatuto del saber, la dispersión de los discursos y la redificación del concepto mismo de paradigma científico constituyen problemas que exigen una reflexión sistemática en todos los ámbitos del conocimiento.

III

La aproximación al debate sobre el saber y las mutaciones técnicas es una vía de acceso posible a la reflexión teórica contemporánea sobre el problema de la modernidad. Otras temáticas pueden ser la nueva comprensión del poder o la dimensión comunicativa de las interacciones sociales.

En su conjunto estas cuestiones tematizan las prácticas del presente sin imponer una *imago mundi* y marcan zonas de atención sustanciales para el conjunto de los discursos teóricos.

Para la teoría de las Relaciones Internacionales introducirse implica la posibilidad de construir sus

elementos epistemológicos y ontológicos, redefinir sus intereses cognocitivos y prácticos, pero sobre todo reconstruir reflexivamente su estructura teórica.

En el horizonte de fin de siglo, la dimensión internacional adquiere una relevancia definitiva en la explicación de los principales procesos de cambio. En este sentido, la necesidad de revitalizar la capacidad de comprensión teórica en este campo resulta relevante para el propio debate sobre la modernidad. Los temas clásicos de la teoría de las relaciones internacionales:⁴ las causas de la guerra y las condiciones de la paz, la naturaleza del poder, el carácter de los actores y las imágenes del mundo, se comunican directamente con preocupaciones de índole reflexiva.

Desde esta perspectiva, la autocrítica del realismo y la afirmación del enfoque de la interdependencia "con adjetivos" representan visiones del mundo más flexibles que pueden ser reformuladas reflexivamente siempre y cuando alcancen a definir claramente sus relaciones con la instrumentalidad y con la crítica. Del avance de este proceso y de las posibilidades de diálogo con otros ámbitos teóricos dependerá el surgimiento de nuevos conceptos para viejos debates.

⁴ K. J. Holst: *The Dividing Discipline and Diversity in International Theory*. Boston, 1985, Prergamont Press.